

# Pensando en Jesús, ausente ya

**T**AL VEZ DE LOS MÚLTIPLES SIGNIFICADOS DE LA TRAGEDIA de morir el más dramático sea el de vernos privados inesperadamente de todo sentido de futuro. La muerte interrumpe brutalmente todos nuestros proyectos, la posibilidad de continuar o la de cambiar, de enmendar agravios o de reiterarlos, de terminar lo que habíamos comenzado y de empezar cosas nuevas, de intervenir en la realidad, en una palabra. Priva también, a quien queda con vida, de esperanzas, que devienen, con la muerte, inviables. En el fondo, nunca estamos preparados suficientemente para su aparición. O casi nunca.

Después del impacto, inevitablemente doloroso en lo más íntimo, de la noticia, muchas cosas regresaron a mi memoria. Jesús llegó al aula donde yo estudiaba, y le escuché un semestre de clases, un año antes de que estuviéramos compartiendo los dos, los veinte que fuimos, aquella aventura docente; era bastante más joven que los otros cuatro que, con él, fueron los pioneros en la enseñanza de la filosofía marxista en la Universidad de la Habana. Ninguno le aventajaba entonces ni le aventajó cuando crecimos en número y experiencia, en brillantez ni en carisma. Dotado además de una vocación y un talento literario que afloró en 1965 con *Los años duros*, su primer libro, y que desde entonces se volvió para él como un don mágico. Ese don que le abriría las puertas de la realización cinematográfica cuando se nos impuso la prohibición de filosofar, porque el estilo de Moscú estaba llamado a ser doctrina hasta en Cuba, donde la identidad no podía ni podrá desclavarse del espíritu de resistencia.

La década corta que corre de 1963, cuando nos establecimos como departamento de enseñanza adscrito al Rectorado, hasta 1971, para nosotros año de disoluciones, y para el país de un movimiento grande en la reordenación del proyecto socialista, fue el tiempo en que más cerca estuvimos. Nunca pudimos conformarnos ni sobreponernos a aquellas decisiones y a aquel final, aunque las

Aurelio Alonso

causas se nos habían revelado con rapidez. Compartimos tantos momentos, buenos y malos, que la intimidad que se armó se tradujo en una fuerza afectiva indeleble. Al menos así la juzgo. Al margen de la distancia que pudiera abrir entre nosotros, mucho después, el derrotero opuesto que tomaron nuestros pensamientos, nuestras acciones, y nuestros compromisos, cuando se desencadenó la crisis del socialismo que de tantas maneras había sido intuida.

Es evidente que Jesús no podrá ser en mi recuerdo solamente el Jesús de *Encuentro*. Cuando coincidimos en Miami en marzo del 2000, polemizamos sobre aquel pasado, del cual él se reprochaba, a sí mismo y a todos nosotros, el silencio, mientras yo retenía el mérito de la lealtad. Ahora sería una pequeñez volver a discutirle razón, fresco el dolor de su muerte también para mí, aunque sigo pensando que la lealtad, sin estar exenta de costos, ha sido en muchos sentidos, y es para Cuba, un puntal de la subsistencia. Y que el silencio, hijo entonces de la sorpresa, la incertidumbre y la insuficiente madurez (no del conformismo) tampoco impidió al cabo que en las generaciones que siguieron germinara el sentido crítico y el despojo de prejuicios doctrinales.

Otros cubanos, en los 60 y la primera mitad de los 70 —y aun después— tuvieron que afrontar injusticias discriminatorias mucho más penosas que los contratiempos que a nosotros nos tocó vivir. Pero difícilmente otros hayan experimentado mayor nivel de tensión, con efectos tan prolongados como para reproducirse un cuarto de siglo después, en términos de fricción ideológica dentro del proyecto y de la sociedad nacida de la Revolución de 1959. No de las limitaciones sufridas por pronunciarse en contra sino de las sufridas por pronunciarse a favor: o sea por pronunciarse. «Las revoluciones también generan turbulencias», se vio obligado a reconocer V. I. Lenin en algunos momentos de sus últimos tiempos, que Jesús estudió en aquellos años con tanto rigor. Seguramente siempre tendremos que aprender a combatir las desde dentro, que me imagino es lo más ingrato.

Jesús fue protagonista, entonces desde adentro, como vuelve después a ser protagonista de otro modo, ya como opositor, desde afuera. Considero que la diferencia y el paso de una posición a la otra quedan cifrados esencialmente en la propuesta, más que en el diagnóstico. Fue algo que experimentamos juntos hace muchos años, cuando leíamos a Deutscher, a Rudolph Baro o a Borkenau, por citar varias modalidades de la crítica, y nos sorprendíamos a veces de las coincidencias que compartíamos en sus diagnósticos. La historia ulterior ha probado sobradamente la razón que han tenido los críticos —hasta los más apasionadamente adversos a veces— y la fragilidad de toda apologética. También que lo verdaderamente importante al diferenciar posiciones no se encuentra en el diagnóstico, sino en la búsqueda de salidas, de solución, la orientación de las alternativas. Jesús finaliza una entrevista publicada en el N° 41 de 1991 de la revista alemana *Der Spiegel*, opinando con pesimismo que para Cuba «la alternativa y la tragedia son Castro o Washington». Pocos meses después, en *Los anillos de la serpiente*, la alternativa ya no parece presente.

Cuando nos vimos en Miami, discutimos como adversarios y también hablamos largamente en la intimidad, como los amigos que llegamos a ser —era nuestro primer encuentro en diez años. Ya la distancia era un hecho entre nosotros. No fue en rigor lo que publicamos después de nuestro encuentro, que también resultó ser el último, lo que nos distanció. Decidí no responder a su carta abierta, y esperar a que el azar nos llevara de nuevo a vernos la cara. No porque creyera en que algo iba a poderse arreglar, sino porque era como tenía que ser. Así lo creí y lo creo. Pero la muerte, inoportuna y caprichosa, se interpuso, sin dejarnos espacio para decirnos nada más. Lo siento de veras. Lo he sentido mucho.

